

Stefan Zweig, crítico.

Zweig no es un profesional de la crítica literaria; cuando la hace parece no haberse propuesto hacerla. Su mira no es justipreciar una obra de arte, descubriendo o señalando sus méritos o anotando sus deméritos. Su propósito es más vasto y más alto: obedece a un plan de bellas y gigantescas proporciones, que va desarrollando metódica y cariñosamente. Se propone reivindicar el sentivo creativo de los grandes espíritus logrado en sus obras; se propone señalar la obra imperecedera de los "arquitectos del mundo" en esa serie de estudios caracteriológicos que él llama "Los Constructores del mundo, Tipología del Espíritu".

De allí el carácter psicológico de su crítica desarrollada no sólo con criterio valorizador e intelectualista sino con fervor afectivo, dictado por un estado de alma. La crítica con Zweig deja de ser un mero comentario apreciativo de la obra; se fisonomiza mejor, adquiere vida alada, flexible y sutil; se adecúa para seguir el vuelo ondulante y distinto de almas y pensamientos. Asume esa función de arte, como quería Alfred Kerr, y se robustece en su carácter filosófico, como la que, en otra ocasión, ha definido Ramón Fernández, que: "tiene por objeto desentrañar el dinamismo espiritual de una obra y situarla en medio de la cultura humana". Crítica afirmativa y constructiva, como dijo Guiller-

mo de Torre, ratificando a Ortega y Gasset. Crítica más intuitiva que erudita, que por una instancia afectiva, por un apasionado impulso, ausculta el fondo moral de las personalidades, identificándose con ellas, sintiendo y, se diría, viviendo como ellas.

En Zweig, biografía y crítica se unen en aleación de expresión movida y totalizada, que resucita y actualiza al personaje, y lo presenta y expone en su más exacto poliformismo espiritual. "Sicólogo por pasión", como él mismo se dice, persigue más las vibraciones del espíritu que las etapas del hombre histórico; le interesan los estados íntimos; gusta penetrar en las estratificaciones del ser, descubrir en ese subsuelo invisible todas las sedimentaciones informes, conmixtas y alguna desapercibida o no bien avalorada veta de oro fino. Para Zweig el ser físico sólo es el índice de un proceso interior, efecto y no calidad en sí; forma visible de una vida invisible.

Pero dentro del sicólogo convive el poeta, el artista exquisito que con fina sensibilidad y las mejores dotes de buen gusto, va percibiendo todas las bellezas y aprehendiendo las delicadas resonancias que son los motivos y le dan el material para llevar a cabo la maravilla plástica, el admirable conjunto que va realizando, esa singular Acrópolis literaria, en donde está ordenada, con simetría y precisión, las poderosas creaciones de su *Tipología espiritual*. Zweig ha hecho, como quiere Zum Felde, de la Sicología la base de la Estética. Arte de búsqueda y hallazgo de tesoros entre las mareas profundas de la conciencia y del alma; captación ágil y delicada de las esencias desprendidas y de los relampagueos que cortan los horizontes del cielo interior.

Recortar el personaje, cogerlo y presentarlo separado y sólo, como en el marco yerto de un retrato fotográfico, es, sin duda, menos artístico y menos evocativo; de un realismo inerte, unifásico, de mínimas sugerencias, de mediocre expresividad. Retrotraer el pasado en toda su complejidad viva, reproducirlo en una calcometría coloreada y cambiante, y en esos contornos de horizonte actual, ubicar el personaje, que así resurge redivivo, inequívoco, actuante y presente, es otra de las características de la crítica de Zweig. El medio histórico es el fondo preciso y precioso; es la primera realización fiel—copia inalterada en sus tonalidades y proporciones— la que suscitará la sensación de la propia visión. Técnica sutil, admirable ejecución descriptiva; tinte y medida hechos de precisión léxica. Magistrales pinceladas de pluma que verifican la resurrección de la época, trazos de conjunto con el necesario detalle que apunta el factor esencial, el *summum* sicosociológico de donde ha derivado una obra, la savia que ha nutrido un espíritu, el índice que ha decidido un camino.

Y como el panorama, el personaje. Se ha llamado a Zweig novelista “cazador de almas”. A Zweig biógrafo se le podría llamar *filmador de almas*. Con él la biografía es más fidedigna y explicativa; género que enlaza la historia, la psicología y la literatura. Zweig no ofrece simples formas yertas, frías y marmóreas, con la sola perfección de líneas y proporciones. Sus retratos son figuras tridimensionales, tienen calor, vida, alma; aparecen ante nuestros ojos en su propio escenario y desfilan resucitando actitudes, reconstituyendo pasajes de días y años, evocando, en sugerencias vívidas e intensas, todo el pasado que les fué suyo. En cada biografía hay un proceso, en el que hay movilidad, animación, cambio; cuadros exhumados de un pretérito real y vivido, objetivación de lo lejano y extinguido por medio de la palabra.

Maestro en la pintura fisonómica también, en cada

“retrato”, que casi siempre inserta en sus estudios, nos presenta al hombre físico. Pocas pinceladas, pero trazos seguros y definitivos, con los que queda el hombre tipografiado, y, además, relacionadas sus facciones—psicognóstica o fisionómica—con las notas de su ser, de su vida, de su obra o de su patria.

Así cada frase es un pensamiento completo; cada párrafo, cada capítulo, la cariñosa descripción de una fasetta espiritual y una actitud de cuerpo entero; y cada estudio, el precioso album fotogénico de una vida.

No siendo una crítica profesoral la de Zweig, ni estando para informar al público, ni guiado por la novedad ni el prurito de comentador, ni siendo páginas de historia literaria las que escribe; *elige* sus personajes llevado por su propia simpatía: “realizo sólo mis aficiones, dejándome arrastrar por aquellas figuras que más profundamente me atraen”, dice él mismo, explicando el sentido de su obra. Elección apasionada, búsqueda que guía, acaso, alguna recóndita o difusa afinidad espiritual; triunfal hallazgo, luego, fervoroso cumplimiento de un voto, verdadera oración lírica, las notas efusivas, cálidas y musicales de cada uno de sus estudios. Por eso en cada crítica es más bien el apologista, el delicado exégeta de quien le ocupa. Con el alma tensa, transportado a ese mundo particular y remoto de cada autor, sufriendo y gozando en hiperexaltación de sentimientos, absolutamente compenetrado de los de aquellos, en perfecta identificación, da expansión a su pensar emocionado; y su palabra fluye cristalina y armoniosa, cromáticamente exacta, rica y fidelísimamente expresiva.

Zweig participa de la vida de sus héroes, se embriaga con sus libaciones de vino, se tortura con la de hiel y vinagre. Saboreando por sí la dulzura o el acíbar que se vertió

en ajenas bocas, se compenetra de los efectos, se hace enteramente capaz de ellos, los paladea, siente la misma sensación; revivida y recrudescida en sí mismo, sólo él es capaz de volver a expresarlas; sólo él es así capaz de transmitir “no sólo el pensamiento sino el estremecimiento del autor”.

Y es que a su maravillosa aptitud comprensiva y a su gran potencia de interpretación une los más poderosos recursos del lenguaje. Aprender sensaciones, concordarlas e interpretarlas y transcribirlas en variada y colorida notación de palabras, es dón y cualidad de su crítica penetrante y poética, certera y exhaustiva en cada caso; palabra final después de la cual ya nada queda por decir.

Nada de enumeraciones, oportunas referencias sí. Ninguna exposición de argumentos, ni doctas calificaciones razonadas. Y cuando opone algún reparo lo hace leve y delicadamente, bella y noblemente; como en el caso de Marcelina Desbordes Valmore, que, lanzada prematuramente a la vida, sin tiempo, ni ocasión, ni medios para instruirse, “no llega a comprender lo que es la literatura”: en su correspondencia “las incorrecciones hormiguan como peces en el río”; la riqueza de su poesía es la de un “arte sin arte”; no la lengua la hace poetisa sino “un sentimiento infinito” y además esa fuerza suprema de su ser: la música, porque “todo en ella es alma”.

Es su precepto de arte—don de zahorí—ver las cualidades y bellezas, descubrir los tesoros escondidos o apenas revelados, manifestarlos y lucirlos con toda la esplendidez que cobran en sus manos taumaturgas. Encontrar en lo bueno lo mejor o—percepción exquisita y sutil—aprender lo mejor de lo mejor.

“Claves psicológicas”, dice de las novelas de Dosto-

yewski; clave sicológica también la suya; sésamo infalible el de su excepcional penetración que le abre de par en par las puertas invisibles, los senderos ocultos, inexcrutados, del campo espiritual. Mago incomparable, soberano y pítico: a él se llega cada personaje con su enigma profundo; él va a descifrarlo con inequívoca certidumbre, en singular trance de pasión, en inefable transporte de iluminado, con verbo transparente como el cristal, armonioso como sonoridades arrobadoras, flamígero como inspirado en intensa pasión.

Venturoso argonauta, feliz expedicionario en los océanos de las almas, experto tripulante que, en ágil bajel de luz, zurcando zonas de tormenta—Linco del entendimiento—torna siempre invicto, con la preciosa carga: las perlas extraídas de esos fondos arcanos, explorados tan sólo en la superficie.

Zweig, el poeta de la biografía, es también el artista de la crítica: profundo, sagaz, certero, comprensivo y lírico. En él se aunan cualidades de belleza y originalidad insuperables. De sus obras podría decirse que son lo que él ha escrito de la novela de Dostoyewski: monumento de espíritu sin igual, infalibles como las matemáticas y embriagadoras como la música.

NAPOLEÓN M. BURGA.

